

AREQUIPA Y LA GUERRA CON CHILE (1879-1883)

Jorge G. Paredes M.*
Lima, Perú

Resumen

En la historia peruana existen numerosas leyendas en torno a personajes o acontecimientos. Por lo general, surgen como manifestación de simpatías o antipatías de fundamento ideopolítico o de prejuicios sociales, raciales o regionales. Asimismo, se producen como consecuencias de acontecimientos históricos críticos. Una de estas leyendas es la que tiene que ver con la supuesta inacción cobarde y traidora del pueblo arequipeño durante la guerra con Chile.

Palabras claves

Perú, Bolivia, Chile, Arequipa, Campero, Montero, Guerra.

Abstract

In Peruvian history there are numerous legends about characters or events. They are usually expressions of sympathies or antipathies and prejudices social, racial or regional. They also befall as consequences of critical historical events. One of these legends have to do with the supposed coward and treacherous inaction of people from Arequipa during the war between Peru against Chile.

Keywords

Peru, Bolivia, Chile, Arequipa, Campero, Montero, War.

“Arequipa en los últimos días de octubre de 1883 escribió uno de los momentos más vergonzantes de su historia y, por ende, de la historia del Perú. Se acercaba a ella el ejército de una potencia extranjera. Arequipa no era atacada por Nicolás de Piérola; tampoco intentaba asaltarla el Vicepresidente Montero o el general Cáceres. Arequipa estaba en la mira de los invasores chilenos.” (Vásquez Bazán, 2015, p. 8)

La ocupación de Lima y el gobierno de La Magdalena

En el Perú existen numerosas leyendas en torno a personajes y acontecimientos históricos, algunas de ellas motivadas por factores de simpatía y antipatía generadas en situaciones históricas críticas como es el caso de la guerra del salitre (1879-1883). Una de esas tantas leyendas que actualmente circula en las redes, pletórica de una aviesa intención es la que se refiere a la supuesta actitud cobarde y traidora del pueblo arequipeño durante la guerra con Chile. Con este trabajo,

pretendemos que se conozca cual fue realmente el papel que le cupo desempeñar a Arequipa y a los arequipeños en esta infausta guerra.

Daniel Parodi, uno de los historiadores que mejor ha estudiado este tema, cita una muy popular cuarteta que sintetiza esa leyenda:

*“Oh valiente arequipeño,
Que al pie del Misti naciste,
Cuando la Guerra con Chile,
Donde m te metiste”*

Estamos totalmente convencidos que a muchos peruanos se les tiene que hacer muy difícil aceptar que pudo haber existido, o existir, un pueblo de nuestra Patria que no la ame y que no haya estado, o esté, decidido a defenderla en todo momento, aún más en situaciones tan aciagas como es el caso de una guerra. Pero, se preguntarán entonces acerca del porqué o los porqués de esas versiones. Sucede que los regionalismos, los odios tan viscerales que nos acompañan hasta el día de hoy y que tanto daño nos han hecho, y siguen aún haciendo, incluso en estos momentos tan difíciles que políticamente estamos viviendo, terminan por distorsionar los hechos. El querer optar por el facilismo de encontrar culpables que nos eximan de asumir nuestras culpas, de buscar chivos expiatorios, nos lleva al simplismo que tanto daño hace y de lo cual no se suele tomar conciencia. Por otra parte, la ignorancia histórica suele ser atrevida pero sobre todo perjudicial, dañina para nosotros mismos como comunidad nacional.

Debemos reconocer que la guerra con Chile no solo fue una fatal desgracia nacional sino que, además, sirvió para mostrarnos (¿la primera... o una vez más?) la carencia de unidad nacional, la ausencia de un sentimiento nacionalista a prueba para soportar momentos difíciles, aciagos y, muy especialmente, de poder anteponer intereses de todo tipo, político-partidaristas, socioeconómicos, etc.

El inoportuno (por decir lo menos) viaje de M. I. Prado a pocos meses de comenzada la guerra (el viaje fue en diciembre de 1879 y la guerra había comenzado en abril), el golpe de estado de Nicolás de Piérola, la estulticia de este gobernante de llevar a cabo cambios en los mandos militares para poner gente afines a sus ideas, gente de su confianza, son ejemplos de que no teníamos claro que por sobre nuestros intereses personales o de grupos tenía que primar lo mejor para el Perú. Y en ello realmente no se pensó. Por ejemplo, es conocida la indiferencia de Piérola hacia Montero, de cómo no le brindó el apoyo que este necesitaba y le solicitaba, lo cual se puede apreciar, y con franca extrañeza e indignación, en las cartas que Montero le dirigiera y que reproduce Vargas Ugarte. (Vargas Ugarte, 1970).

En cuanto a lo que ocurrió en Arequipa durante la guerra con Chile, hay que precisar que dicha ciudad fue la última que las fuerzas chilenas tomaron posesión, en fecha tan tardía como octubre de 1883. Recordemos que Lima había comenzado a ser ocupada a partir del 17 de enero de 1881, después de las batallas de San Juan y Miraflores, del 13 y 15, respectivamente, de enero de ese mismo año, batallas de

resistencia heroica, es cierto, pero que no podían, y no pudieron, impedir el avance arrollador chileno. Producidas esas derrotas, Piérola abandona Lima y se traslada a la sierra central convocando, en Ayacucho, una Asamblea Nacional, la cual lo elige Presidente Provisorio el 29 de julio de 1881 (El gobierno de Piérola era una dictadura fruto del golpe de estado contra M. I. Prado y lo ejercía con el título de Jefe Supremo y Protector de la Raza Indígena). La presidencia provisoria Piérola la ejercerá hasta el 28 de noviembre de ese mismo año, día en el cual, por haber perdido apoyo militar y político, desde la ciudad de Tarma presenta su renuncia y termina no solo por apartarse del poder sino, además, toma la decisión de abandonar el Perú.



La bandera de Chile flameó por más de tres años en Lima. Se izó por vez primera, según señala David Pino en la tarde del 17 de enero de 1881, no en Palacio de Gobierno sino en el cuartel Santa Catalina, según lo publicado en El Heraldo del 4 de febrero de 1881, según cita Pino. El día 20 de enero se enarboló por primera vez la bandera chilena en Palacio de Gobierno.

Proclama de Manuel Baquedano: "Hoy, al tomar posesión, en nombre de la República de Chile, de esta ciudad de Lima, termino de la gran jornada que comenzó en Antofagasta el 14 de febrero de 1879, me apresuro a cumplir con el deber de enviar mis más entusiastas felicitaciones a mis compañeros de armas por las grandes victorias de Chorrillos y Miraflores, obtenidas merced a su esfuerzo y que nos abrieron las puertas de la capital del Perú. La obra está consumada. [...]. Palacio de Gobierno, Lima 18 de enero de 1881. Firmado.- Manuel Baquedano, General en Jefe.

Álvarez Ebner, Miguel. La enseña patria en el Palacio de Pizarro, p. 6.

<http://www.legionim.cl/historia/www/Articulos/Nuestra%20Bandera%20en%20el%20Palacio%20de%20Pizarro.pdf>

Pino, David. La vida en Lima durante la ocupación chilena. Primera parte. Lima la Única.
<http://www.limalaunica.pe/2012/02/la-vida-en-lima-durante-la-ocupacion.html>

¿Piérola debió ausentarse del país? Consideramos que si bien es cierto que al quedar él y su gobierno huérfanos de apoyo, su renuncia era necesaria. Hasta allí, desprenderse del poder lo enaltecía. Consideramos que debió quedarse en el Perú, alejado del poder, a vivir como un simple ciudadano. No cometer el error de ausentarse del país para intentar, en Europa y los Estados Unidos, apoyo a la causa peruana: Tenía que ser consciente que la “neutralidad” de los países no contendientes y, sobre todo, el ser él un simple ciudadano convertiría en inútil cualquier accionar en ese sentido. No debió haberse olvidado del artículo 8 de su Estatuto Provisorio.

“La traición a la Patria, la cobardía e insubordinación militares, la deserción en campaña, el peculado, la prevaricación, el cohecho, la defraudación de bienes públicos, el homicidio premeditado y alevoso y el bandolerismo, cualquiera, que sea la condición del culpable o el carácter que invista, serán, durante la presente guerra, juzgados militarmente y penados con la pena capital. Los bienes de sociedades anónimas, de bancos, industriales, o mercantiles, serán considerados como bienes públicos para el juzgamiento y aplicación de la pena”.

En Lima, abandonada por el gobierno presidido por Piérola y ocupada por el ejército chileno, una junta de notables, el 22 de febrero de 1881, nombra a Francisco García Calderón como Presidente Provisorio de la República. Casi un mes después, el 12 de marzo, dicho gobierno se establece en Magdalena (actual distrito de Pueblo Libre), declarado por las fuerzas de ocupación como territorio neutral. Como señala M. F. Paz Soldán, el programa de gobierno de García Calderón era la paz (Paz Soldán, M. F., 1884, p. 730) y, por supuesto, restablecer el régimen constitucional, razón por la cual restableció la constitución de 1860 que Piérola había reemplazado por el Estatuto Provisorio promulgado el 27 de diciembre de 1879.

La paz sin cesión territorial que se propuso García Calderón resultaría infructuosa. García Calderón se trazó como objetivo lograr la paz concediendo a Chile una razonable indemnización de guerra. Una verdadera misión imposible porque Chile tenía muy claro que su objetivo era una paz con cesión territorial como lo había manifestado en las Conferencias de Arica llevadas a cabo a bordo del navío Lackawanna del 22 al 27 de octubre de 1880:

- “1a. Cesión a Chile de los territorios del Perú y Bolivia que se extienden al sur de la quebrada de Camarones;*
- 2a. Pago a Chile por el Perú y Bolivia, solidariamente, de la suma de veinte millones de pesos, de los cuales cuatro millones serán cubiertos al contado;*
- 3a. Devolución de las propiedades de que han sido despojados las empresas y ciudadanos chilenos en el Perú y Bolivia;*
- 4a. Devolución del transporte Rímac;*
- 5a. Abrogación del Tratado secreto celebrado entre el Perú y Bolivia el año 1873, dejando al mismo tiempo sin efecto ni valor alguno las gestiones practicadas para procurar una Confederación entre ambas naciones;*

6a. Retención por parte de Chile de los territorios de Moquegua, Tacna y Arica, que ocupan las armas chilenas, hasta tanto se haya dado cumplimiento a las obligaciones a que se refieren las condiciones anteriores;

7a. Obligación de parte del Perú de no artillar el puerto de Arica cuando le sea entregado, ni en ningún tiempo, y compromiso de que en lo sucesivo será puerto exclusivamente comercial". (Nieto Vélez, 1979, p. 52).

Para García Calderón y su gobierno la paz sin cesión territorial era innegociable. Así se lo expresó, el 29 de septiembre de 1881, a Patricio Lynch:

"Persuadido de todo esto, y queriendo la verdadera paz, no puedo resolverme a desmembrar el territorio del Perú; porque no quiero que mi nombre pase a la posteridad con el estigma de reprobación que los pueblos de América impondrán al que legalice entre ellos el funesto sistema de conquista. Un alto sentimiento de alta política americana es el que me guía en este caso, y me obliga a no consentir en la cesión territorial". (Paz Soldán, M. F. 1884, p. 755).

García Calderón y su gobierno de La Magdalena, con su digna y tozuda posición de paz sin cesión territorial, pronto perdió todo sentido para las fuerzas invasoras y es por ello que el 6 de noviembre de 1881 Patricio Lynch, general en jefe del ejército de ocupación, ordena la detención y destierro a Chile de García Calderón, razón por la cual asume el gobierno su primer vicepresidente, el contralmirante Lizardo Montero (el segundo vicepresidente era Andrés A. Cáceres). Montero encarga al general Miguel Iglesias la jefatura superior político-militar del Norte.

Miguel Iglesias y el camino a la rendición y a la paz concesión territorial

El gobierno al mando de Montero se establece en Arequipa. En la sierra central se encuentra Cáceres liderando una resistencia que cada vez se va tornando más difícil hasta que se produce el controversial "Grito de Montán" lanzado, desde Cajamarca, por el general Miguel Iglesias el 31 de agosto de 1882 y por el cual, en la práctica, el ejército de ocupación chileno obtenía casi un aliado en su lucha contra la resistencia de Cáceres.

Leamos parte de este Manifiesto:

"Después de Miraflores, sofocados los impulsos de un orgullo criminal, tendiendo la vista por el inmenso territorio que habíamos perdido palmo a palmo al oír los desesperados lamentos de tantos infelices, cuyas gargantas hollaba el pie del invasor, hasta en nuestra propia capital, ya no hemos debido, sin provocar mayor expiación, pensar en otra cosa que en el ajuste de la paz, de la paz como necesidad presente y esperanza única de futuro desagravio."

Y ya en la parte final:

“Se habla de una especie de honor que impide los arreglos pacíficos cediendo un pedazo de terreno y por no ceder ese pedazo de terreno que representa un puñado de oro, fuente de nuestra pasada corrupción, permitimos que el pabellón enemigo se levante indefinidamente sobre nuestras más altas torres, desde el Tumbes al Loa; que se saqueen e incendien nuestros hogares, que se profanen nuestros templos, que se insulte a nuestras madres, esposas e hijas.

Por mantener ese falso honor, el látigo chileno alcanza a nuestros hermanos inermes; por ese falso honor, viudas y huérfanos de los que cayeron en el campo de batalla, hoy desamparados y a merced del enemigo, le extienden la mano en demanda de un mendrugo.

*¡Ah! ¡Guerreros de gabinete, patriotas de taberna, zurcidores de intrigas infernales!
¡Cobardes, mil veces cobardes, autores de la catástrofe nacional!*

¡Basta!

Que no me lleve el corazón demasiado lejos.

*He creído de mi deber explicar a los pueblos la razón de la conducta que voy a seguir.
Ya lo he hecho.*

Ahora solo me resta proceder, y que el presente y la posteridad me juzguen”.

El Grito de Montán fue una herida mortal para la resistencia peruana pero que realmente no caía de sorpresa porque ya el 1 de abril de 1882 Iglesias había manifestado su posición conciliadora con las fuerzas chilenas al llegar al convencimiento que continuar con la resistencia no tenía futuro, no tenía sentido, que había que negociar la paz:

“[...] Fomentando indefinidamente la idea de una guerra insensata después de San Juan, Miraflores y de las civiles revueltas de Lima y Arequipa, las fuerzas nacionales se debilitaban cada día, alejando cada vez más el ambicionado periodo de convalecencia.

La urgencia de ajustar la paz con Chile del mejor modo posible, y que la república se levante unida y vigorosa para sacudirse de los pasados extravíos y entrar de lleno en la senda regeneradora, se me presenta fuera de toda duda” (Lecaros, 1983, p. 186).

El Grito de Montán, ¿acortaba la agonía que vivía el Perú principalmente después de la ocupación de su capital y con gobiernos que se desconocían y combatían entre sí?, ¿con un gobierno –el de García Calderón– en el exilio, nada menos que en territorio chileno?, ¿con un primer vicepresidente –Lizardo Montero– y un Congreso, que desde Arequipa reconocían como Jefe del Estado a quien había sido exiliado por los chilenos? Es uno de los temas controversiales de nuestra historia.

Con todo lo anteriormente mencionado tratemos de comprender el porqué de lo tardío del accionar de las fuerzas chilenas en Arequipa.

Derrotado el ejército peruano en San Juan y Miraflores, el Presidente Piérola desampara Lima (¿tenía otra opción?) y se dirige a la sierra central. En vista de ello tuvo que hacerse cargo del gobierno de la ciudad de Lima su alcalde Rufino Torrico quien abre negociaciones con los chilenos, al igual que el Cuerpo Diplomático, para que el ingreso de las fuerzas chilenas, en la capital peruana, se lleve a cabo en forma pacífica, objetivo que fue logrado.

Debemos recordar que el esquema de la guerra comprende una primera fase naval que termina con el combate de Angamos (8.10.1879), seguida de la campaña terrestre, que comprende tres expediciones: Tarapacá, Tacna y Arica y Lima.

Las fuerzas chilenas habiéndose apoderado de Tarapacá, Arica y Tacna, y ya sin fuerzas peruanas en el mar, decidieron caer directamente sobre Lima y para ello desembarcaron en Ancón. Esto lo sabemos incluso por la historia escolar. En sus primeros planes no estuvo atacar Moquegua, Arequipa o Ica. Y ello porque después de Angamos eran amos y señores del mar peruano. Esto es algo que por lo general se olvida.

Por otra parte, hay que estar conscientes que los pueblos por sí no podían decidir enfrentar a las fuerzas enemigas; eran las fuerzas chilenas las que decidían donde combatir.

Derrotado el ejército peruano en San Juan y Miraflores (enero de 1881), Piérola desampara Lima y se dirige a la sierra central, ¿para seguir una guerra de resistencia?, ¿para buscar alianzas con peruanos como Cáceres partidarios de combatir a las fuerzas de ocupación desde las zonas altas y aprovechar el terreno para desgastar a las fuerzas chilenas y poder equilibrar la situación y estar en capacidad de obtener una paz sin cesión territorial? No estamos plenamente seguros de ello. El historiador boliviano Querejazu, señala que Piérola habría tenido una actitud doble porque mientras al Cuerpo Diplomático envió una circular señalando que las fuerzas chilenas había actuado con salvajismo violando todo concepto de moral y ética militar, Piérola había acreditado como sus representantes en Lima a Antonio Arenas y Eusebio Sánchez, miembros de la Corte Suprema, para que hiciesen contacto con la autoridades chilenas y auscultar las posibilidades de un acuerdo (Querejazu, 1991, p. 463).

Lo cierto es que la posibilidad de un frente unido del norte, centro y sur, liderados por Iglesias, Piérola, Cáceres y Montero, nunca se hizo realidad.

Las fuerzas chilenas en Arequipa

Es recién en 1883 cuando deciden actuar sobre Arequipa porque ello les era indispensable tanto para cercar a las fuerzas de Cáceres, atacándolas por dos frentes, así como para decidir la firma de la paz con anexión que sectores importantes del Perú no aceptaban.

Frente a esos planes chilenos, los altos mando de las fuerzas de Perú y Bolivia deciden coordinar planes y para ello se llevan a cabo reuniones en Oruro, el 16 de mayo de 1882, entre Narciso Campero, presidente de Bolivia, y los peruanos Manuel

María del Valle y Manuel Velarde, ministro plenipotenciario de Perú en Bolivia y Comandante en Jefe del Ejército del Sur del Perú, respectivamente. Perú propuso que las fuerzas aliadas ofrecieran resistencia en Arequipa. Campero señaló que las fuerzas bolivianas no estaban en condiciones de pasar a Arequipa, por dos motivos principales: porque de llevarse a cabo ello, Chile aprovecharía para invadir Bolivia y, segundo, que producida la invasión chilena en territorio boliviano se cerraría la comunicación entre Bolivia y Argentina que era la vía que se empleaba para trasladar el armamento que se había comprado en Europa. Por ello Campero propuso que las fuerzas peruana ubicadas en Arequipa hicieran solo un amago de resistencia y que terminasen por retirarse a Puno. Los representantes peruanos señalaron que ello no era posible porque dejar sin defender Arequipa significaba perder su mayor fuente de recurso y, además, en Puno las fuerzas peruanas no contaban con los medios necesarios para garantizar la subsistencia del Ejército del Sur. Asimismo, dejar Arequipa significaba, hacer posible que las fuerzas chilenas atacasen la resistencia de Cáceres, en la sierra central, por dos frentes. Campero, ante la argumentación peruana decide apoyar el plan peruano escalonando las tropas bolivianas desde Oruro a La Paz y Puno. Pero, aquí viene lo enigmático, lo que hasta ahora sigue siendo un misterio: las autoridades políticas y militares peruanas deciden desechar el plan que habían sostenido y adoptar el plan boliviano.

Debemos recordar que el Contralmirante Lizardo Montero (1832-1905), natural de Ayabaca-Piura, Comandante General de las Fuerzas del Sur, era, desde 1881, Vicepresidente del Perú (el Presidente era Francisco García Calderón) y Presidente Provisorio desde el momento que las autoridades chilenas desconocieron la presidencia de García Calderón y lo desterraron a Chile. En Arequipa funcionaba el gobierno peruano porque, no hay que olvidarlo, ya Chile ocupaba Lima desde enero de 1881.

El estado anímico del ejército peruano en la ciudad de Arequipa, como se puede desprender de todo lo anteriormente señalado, deja mucho que desear, y no era para menos, como bien señala Jorge Basadre:

“El ánimo de los defensores de Arequipa estuvo afectado, entre otros factores, por la noticia de que el ministro de Guerra de Bolivia, general José M. Rondón, había comunicado que, de orden de su gobierno, las fuerzas por él mandadas y que habían sido destacadas al departamento de Puno, volvían a la Paz. Pero el factor psicológico más importante fue el efecto de la derrota de Cáceres en Huamachuco, de la ocupación de Lima por Iglesias, de las negociaciones en aquellos mismos días consumadas para suscribir la paz. Todo el país, a excepción del reducto ocupado por Cáceres, parecía resignado al gobierno conciliador de Iglesias. Los chilenos llegaron a Arequipa, de hecho, como emisarios de éste. Abundaron los mensajes emanados de la capital para que cesara una resistencia ya inútil. “No quiere el Perú, yo no quiero que se derrame una gota más de sangre en aras de una defensa imposible”, dijo Iglesias en una proclama dirigida a los arequipeños el 23 de octubre. Y la defensa se desmoronó, en medio de escenas patéticas aunque algunas fuesen, en apariencia, grotescas, sin que

los invasores perdieran un solo hombre" (Basadre, 1969, tomo VIII, p. 467/
Basadre, 2005, Tomo IX, p. 292).

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA AL PUEBLO I AL EJÉRCITO DE AREQUIPA

Arequipeños:

Elevado a la magistratura suprema por la voluntad del pais para solucionar sin pérdida de momento el conflicto internacional, devolver a los pueblos el ejercicio de su soberanía i plantear una reforma interna salvadora, he redimido ya de la ocupacion extranjera las mas importantes ciudades del Norte i Centro hasta constituirme hoi en esta capital, trayéndole con su querido pabellon un Tratado de Paz que consulta en cuanto es posible el honor de la desgracia i el porvenir nacional.

Pero nuestra situacion en estos solemnes momentos amarga todo el gozo purísimo a que tuviera derecho, rodeado como estoi de un pueblo inmeaso que vierte lágrimas de júbilo, que abraza su recobrada bandera i que me aclama su libertador.

I siento la necesidad de dirijiros la palabra.

Arequipeño:

No quiere el Perú, yo no quiero que se derrame una gota mas de sangre en aras de una defensa imposible, de una obcecacion criminal.

La resistencia de Arequipa, por mucho que sea notoria la bravura heróica de sus hijos, nada salvaria esta vez, ni siquiera el hogar de Bolognesi, porque contra un puñado de valientes van a luchar irresistibles el número, los recursos i el infortunio.

Sé que anhelaís en lo íntimo la paz rehabilitadora. ¿Por qué sacrificar esos nobles sentimientos a la vanidad de una hecatombe? Guardad vuestras preciosas existencias para inculcar a tanto huérfano las lecciones de la esperiencia i conducir al Perú redimido por la senda de glorioso porvenir.

Mas valor es necesario para soportar dignamente la desgracia que para rendir la vida en un raptó de desesperacion.

Arequipeños:

Sean cuales fueren vuestras opiniones en orden a política interna, deponed las armas i venid a hacerla valer en el seno de la Asamblea que convoco, a la que tiene libre acceso todos los que seau favorecidos por la confianza popular.

Venid a ser los árbitros de vuestra suerte en el santuario augusto de la soberanía nacional, pero no lo confies al azar de un combate sin probabilidades de éxito.

I vosotros, jefes, oficiales i soldados del ejército del Sur, vosotros que empuñasteis a mi lado el acero cuando era necesaria la defensa por el combate, vosotros que teneis conciencia de haber, como yo, sostenido con brillo el honor de nuestra bandera, no vacileis.

La victoria hoi, es la paz.

Vuestros méritos os hacen acreedores a mi consideracion i a la del país.

Venid a cumplir conmigo los deberes que el patriotismo impone preparando a la Nacion para mas altos i grandiosos destinos.

MIGUEL IGLESIAS.

Lima, Octubre 23 de 1883.

(Ahumada 1891, VIII: 387). La traición de Arequipa en la guerra del salitre,
De: Vásquez Bazán, César (2015). p. 28. Disponible en Academia.edu.

Y se arma el tole tole

“El 25 de octubre de 1883, la Ciudad Blanca era tierra de nadie. Había desorden y caos en las calles. El alcalde Diego Butrón fue asesinado por una turba de enloquecidos pobladores. Butrón apoyaba la corriente de ceder territorio a Chile a cambio de la paz. Por eso lo mataron, dice Carpio Muñoz.

Sin embargo, dos días antes, el ministro arequipeño Mariano Nicolás Valcárcel, firma una carta que comunica el acuerdo entre autoridades militares y de gobierno que residían en la ciudad. Harían resistencia a la ofensiva chilena.

Inexplicablemente, los planes cambiaron. De acuerdo a Carpio Muñoz, el 26 de octubre los militares liderados por el contraalmirante piurano y vicepresidente del Perú, Lizardo Montero, huyeron a Puno, dejando a la ciudad desguarnecida”.

Huanca Urrutia, Elizabeth, 2014. Arequipa y la leyenda "negra" durante la guerra con Chile.

El ejército peruano, por orden del alto mando político y militar, emprende un amago de resistencia en Huasacache, camino a la ciudad de Arequipa, y concluida dicha maniobra emprende la retirada a Puno, retirada que había sido acordada el 25 de octubre tanto por el Consejo de Ministros como por la Junta de Guerra.

Montero, confiando que el pueblo arequipeño ratificaría dicha decisión de retirada convocó a un cabildo abierto. Allí se armó el tole tole, un caos de los mil diablos, porque los sectores populares manifestaron su decisión de llevar a cabo la resistencia, en tanto que los sectores medios y altos (por supuesto minoritarios) eran contrarios a dicha posición.

Montero intentó cambiar los planes y emprender la resistencia pero la retirada ya había comenzado. Qué cosa mejor que el caos, que el enfrentamiento entre hermanos, para un ejército invasor (ya lo habíamos pasado cuando las huestes castellanas iniciaron la invasión y conquista del Tahuantinsuyo).

El caos se apoderó de la ciudad. Señala Querejazu que la Guardia Nacional se plegó a la resistencia de la plebe. Montero estuvo a punto de ser alcanzado por un disparo que le perforó el quepís. Su ayudante y cinco hombres de su escolta murieron (Querejazu, p. 499).

Montero terminó abandonando Arequipa, dirigiéndose hacia Puno. Arequipa quedó totalmente desamparada. Y es por ello, al igual que lo que ocurrió en Lima, el Municipio (el alcalde era Armando de la Fuente) asumió el mando y así como el Alcalde de Lima, Rufino Torrico, tuvo que entrar en negociaciones con las fuerzas chilenas de ocupación, lo propio hizo el municipio arequipeño. Los dos casos no son exactamente iguales, pero muy parecidos.

El 27 de octubre de 1883, Enrique Wenceslao Gibson, empresario y miembro del cuerpo consular, envió una carta a José Velásquez, jefe de la expedición chilena, para sostener una reunión en Paucarpata y tratar el tema del ingreso pacífico de las fuerzas chilenas en la ciudad de Arequipa. El 29, en horas de la mañana, Gibson recibió la respuesta del jefe chileno concediéndole la cita solicitada por lo que al mediodía del citado 29 Gibson, acompañado de otros cónsules y de algunos conejales, se dirigió a la cita en Paucarpata la cual concluyó con la firma de un acta:

“[...] que a causa de la retirada del ejército, y del abandono del gobierno, el pueblo de Arequipa se vio en la necesidad de reorganizar sus autoridades provisionalmente, adhiriéndose a la causa de la paz por creer imposible toda resistencia [...], por lo que representantes de Arequipa ponen la ciudad de Arequipa a disposición del señor Comandante en Jefe del Ejército Chileno, esperando que en sus procedimientos se ciña a los principios del derecho de jentes" (sic.).

Ese mediodía, en un telegrama proveniente de Mollendo, llegó la noticia de que el gobierno de Iglesias y Chile habían firmado, nueve días antes el Tratado de Ancón. El 29 de octubre de 1883, a eso de las 9 de la noche, entró el ejército chileno a la ciudad de Arequipa y acampó en la Plaza de Armas.

goteras de Arequipa. La cuestión era grave i los momentos decisivos. Yo estaba resuelto a todo; pero no podía ni debía imponer mis opiniones personales i marchar contra la corriente de las ideas dominantes. Al efecto, reuní el Consejo de Ministros i sometí el asunto a su deliberación: el Consejo opinó unánimemente por la retirada a Puno. No contento con esto, convoqué un Consejo de Guerra de jefes del ejército i de la Guardia Nacional, el cual opinó por la imposibilidad del triunfo.

Cuando se trató de llevar a cabo la retirada se pronunciaron los primeros síntomas de desorden. La Guardia Nacional creyó que se trataba de desarmarla i sus batallones comenzaron a rebelarse. Creo escusado referirle los incidentes de este desorden que tuvo lugar el 25 de Octubre, porque he visto que LA PRENSA ha publicado ya una correspondencia minuciosa del señor Casanave i la carta que creí conveniente dirigir al Jeneral Cáceres al salir del territorio peruano; pero sí debo insistir sobre el hecho de haberme acercado a la plaza en que el pueblo estaba amotinado i haberle dicho que si quería combatir en las calles de Arequipa, estaría a su lado, pero que fuesen a los cuarteles a reconocer jefes.

—¿Es cierto que le bandearon el kepi con una bala?

—Es exacto. El tiro fué descargado casi a boca de jarro. Felizmente la bala pasó un poco alta.

—Después de estos sucesos, ¿permaneció en Arequipa algunos días?

—Salí a la una i media de la mañana del 26 de Octubre con dirección a Puno, acompañado de mi escolta al mando del coronel Soyer.

—¿Tuvo algun percance en el camino?
—Sí, señor. A consecuencia de la oscuridad de la noche, la escolta se me separó, siguiendo un camino distinto al mio. Yo iba con algunos amigos que tambien me acompañaban. Al subir las alturas de Chiguata nos sorprendió el batallon Chiguata de la Guardia Nacional i nos hizo fuego a mansalva durante media hora, sin que nosotros pudiéramos contestar sus fuegos. En esta emergencia murieron tres oficiales de los que me acompañaban. Nos mataron tambien cinco caballos. Mi caballo cayó estenuado por el soroche i gracias al coronel Soyer que me cedió el suyo pude salvar de esta celada incalificable. Seguimos nuestro viaje i despues de cuarenta i tres horas de camino, sin haber bajado un instante del caballo, llegamos a Santa Lucia, una estacion del ferrocarril que conduce a Puno. Nos dirigimos a ese punto i allí me embarqué en el lago Titicaca con direccion a Bolivia.
—Se ha dicho que en Arequipa el pueblo i el ejército pedian al Jeneral Canevaro que se pusiese a la cabeza del movimiento.
—Hubo tentativas en ese sentido; pero en esta ocasion el Jeneral Canevaro estuvo a la altura de su valor i de su lealtad no desmentida.

(Ahumada 1891, VIII: 391-392). Entrevista de *La Prensa* de Buenos Aires al Vicepresidente Montero tras su derrocamiento.
De: Vásquez Bazán, César (2015), pp. 48-49. Disponible en Academia.edu.

Epílogo

Como se puede apreciar, este tema tan controversial es sumamente complejo y, por otra parte, ha sido muy poco analizado con desapasionamiento, salvo como hemos señalado, por Daniel Parodi y una nueva hornada de historiadores, tanto peruanos como chilenos, que están desbrozando nuevas incursiones, visiones e interpretaciones en el tema de la guerra del salitre atreviéndose a analizar temas, muy sensibles para ambas naciones, pero con el fin no solo de un mejor conocimiento de los hechos, personajes, instituciones, actitudes, mentalidades, etc. sino con un objetivo más trascendente cual es que esos nuevos conocimientos que se están llevando a cabo y publicando sirvan para una mejor comprensión de los pueblos que entre 1879-1883 se enfrentaron en una infausta guerra (cuyo problema limítrofe solo se solucionaría, el territorial, en 1929, y el marítimo, casi ayer, en enero del 2014). Que sirvan para ir superando, parafraseando al escritor peruano Renato Cisneros... **“la distancia que nos separa”**.

Como acertadamente señalan estos historiadores, todo esto no significa desconocer toda la vesania, la crueldad que significó esa guerra, en especial para los países que devinieron en los vencidos (Perú y Bolivia). No significa ocultar o edulcorar, tarea no solo imposible sino que devendría en dañina. No significa ocultar la actitud, por ejemplo, antipatriótica que es innegable tuvieron sectores de nuestras clase alta de la sociedad peruana en diversos lugares de nuestro país y, por supuesto

en Arequipa y que se puede leer (aunque presentada en forma tendenciosa y, por otra parte, ocultando datos ampliamente conocidos) en Internet. Como señalé en un artículo, es cierto referido a otro tema pero que ha dejado también profunda herida en la conciencia peruana, y por ello con significativas semejanzas, “[...] *exorcizar los traumas del pasado constituye una necesidad para su total superación y ello solo pasa por un conocimiento real de ese pasado*” (Paredes, 2015: 370).

De Daniel Parodi contamos con dos libros muy significativos. El más reciente “Lo que decimos de ellos. La guerra del Pacífico en la historiografía y manuales escolares peruanos” (2018-2019), el cual es la continuación de otro del igual temática pero desde la otra orilla: “Lo que dicen de nosotros. La guerra del Pacífico en la historiografía y textos escolares chilenos” (2011).

El tema que hemos tratado abre la posibilidad para que Parodi se anime a un libro en el cual analice, con la solvencia y buen estilo que lo caracteriza, “Lo que decimos de nosotros en la guerra del Pacífico” que ello nos revelará cosas que hoy solo los especialistas conocen, y a veces publican, como por ejemplo la búsqueda de chivos expiatorios que exculpen de sus responsabilidades a grupos sociales, económicos y políticos. ¿Acaso no es conocido el racismo, que aún nos acompaña, y que, por lo menos en algunos, y de seguro no pocos, sirvió para culpabilizar de ese desastre nacional a los indígenas? Veamos esta cita:

“[...] El indio no tiene el sentimiento de la patria; es enemigo nato del blanco y del hombre de la costa y, señor por señor, tanto le da ser chileno como turco. Así me explico que batallones enteros hubieron arrojado las armas en San Juan, sin quemar una cápsula. Educar al indio, inspirarle patriotismo, será obra no de las instituciones sino de los tiempos.

Por otra parte, los antecedentes históricos nos dicen con sobrada elocuencia que el indio es orgánicamente cobarde. [...]” (Carta de Ricardo Palma a Nicolás de Piérola de 8 de febrero de 1881. Ver: Ricardo Palma. Cartas a Piérola..., Milla Batres 1979).

Qué diferente, en cambio la actitud y cosmovisión profunda y de avanzada del blanco aristócrata Manuel González Prada. Paradójicamente, nuestro egregio tradicionista era un mestizo de orígenes relativamente oscuros como lo ha estudiado Oswaldo Holguín Callo. Sobre este “nosotros sobre nosotros” hay muchísimos que conocer, hablar y también exorcizar. Aquí nos detenemos porque nos hemos alejado del tema motivo del trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes citadas

Estatuto provisorio de 1879.

En: <http://www4.congreso.gob.pe/dgp/constitucion/constituciones/EstadutoProvisorio-1879.pdf>

BASADRE, Jorge (1969)

Historia de la República del Perú, Tomo VIII. Lima: Editorial Universitaria S.A. La última edición publicada, en 18 volúmenes (el 18, que incluye el periodo 1933-2000, pertenece a Raúl Palacios Rodríguez), fue la del El Comercio, 2005, reimpresa el 2015. La guerra con Chile, el volumen 9.

CISNEROS, Renato (2015)

La distancia que nos separa. Lima. Editorial Planeta Perú S.A.

HUANCA URRUTIA, Elizabeth (2014)

Arequipa y la leyenda "negra" durante la guerra con Chile. Entrevista al historiador arequipeño Juan Guillermo Carpio Muñoz. La República 26 de enero de 2014. Diario La República, 26-6-2014. <https://larepublica.pe/archivo/767834-arequipa-y-la-leyenda-negra-durante-la-guerra-con-chile/>

IGLESIAS, Miguel (1883)

Manifiesto de Montán 31 de agosto de 1883. Miguel Iglesias a sus conciudadanos, [en línea]. Congreso del Perú. <http://www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/mensajes/1881-1900/mensaje-1883-2.pdf>

LECAROS, Fernando (1983)

La guerra con Chile en sus documentos. Lima: Ediciones Rikchay Perú. Tercera edición.

NIETO VÉLEZ, Armando S. J. (1979)

El gobierno de García Calderón y la mediación norteamericana en la guerra del Pacífico, [en línea]. Repositorio de la Universidad Católica. Lima. Revista de la Universidad Católica (Nueva Serie), 6, 1979, pp. 51-64. http://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/49200/gobierno_garcia_calderon_armando_nieto.pdf?sequence=1&isAllowed=y

PALMA, Ricardo (1979)

Cartas a Piérola. (Sobre la ocupación chilena de Lima). Lima. Editorial Milla Batres S.A. Segunda edición, abril 1979. La carta citada del 8 de febrero de 1881 de Palma a Piérola, en las páginas 19-23.

PAREDES MUÑANTE, Jorge G. (2014)

El controversial viaje de Mariano Ignacio Prado de diciembre de 1879. Lima. Escuela de Historia. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Revista electrónica Nueva corónica 3 (Enero, 2014).

https://www.academia.edu/9301247/EL_CONTROVERSIAL_VIAJE_DE_MARIANO_IGNACIO_PRADO_DE_DICIEMBRE_DE_1879

PARODI REVOREDO, Daniel (2001)

La laguna de los villanos. Bolivia, Arequipa y Lizardo Montero en la Guerra del Pacífico (1881-1883). Publicado por la PUCP y por IFEA.

(2001) Representación social e imaginario colectivo en la ocupación chilena de Arequipa (1883, [en línea]. Revista HISTÓRICA, XXV 1.

<http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/historica/article/view/8621/8983>.

(2011) Lo que dicen de nosotros. La guerra del Pacífico en la historiografía y textos escolares peruanos. Lima. UPC (Universidad Peruana de las Ciencias Aplicada).

(2015) Valiente arequipeño.

<http://blog.pucp.edu.pe/blog/daupare/2015/08/23/valiente-arequipeno/>

PARODI REVOREDO, Daniel y José CHAUPIS TORRES (2019)

Lo que decimos de ellos. La guerra del Pacífico en la historiografía y manuales escolares peruanos. Lima. Universidad de Lima - Universidad Bernardo O'Higgins, segunda edición agosto 2019). La primera edición fue publicada por la Universidad Bernardo O'Higgins también en el 2019.

PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1884)

Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.

QUEREJAZU CALVO, Robert (1991)

Guano, salitre, sangre. Historia de la guerra del Pacífico. (La participación de Bolivia). La Paz - Bolivia. Librería Editorial G. U. M., página 463.

QUISPE QUISPE, Cipriano Lucio; Mauricio Edilberto, NÚÑEZ FERNÁNDEZ-BACA y Julio César, ABANTO CHANI (2016)

Fragmentos para escribir la historia de la participación de Arequipa en la guerra con Chile (1879-1883). Arequipa. Municipalidad Provincial de Arequipa.

VARGAS UGARTE, Rubén S. J. (1970)

Guerra con Chile. La Campaña de Tacna y de Lima. Lima: Editor Carlos Milla Batres.

VÁSQUEZ BAZÁN, César (2015)

La traición de Arequipa en la guerra del salitre, [en línea]. Academia.edu <https://www.academia.edu/23620550/LA_TRAICIÓN_DE_AREQUIPA_EN_LA_GUERRA_DEL_SALITRE>

(Este trabajo de Vásquez Bazán, como otros suyos, y de otros autores, que con profusión se encuentran en Internet, es muy interesante por la documentación que acopia, por lo general fotocopiados de los textos originales de los que proceden, entre ellos uno que es fundamental: “Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia” del chileno Pascual Ahumada, publicados a poco de concluida la guerra y cuya primera edición (fines del siglo XIX). Como cualquier trabajo de historia, muy especialmente los escritos con determinada clara tendencia e intención, deben ser leídos contrastando otras fuentes secundarias y, sobre todo con otras fuentes primarias, editadas e inéditas.)

Setiembre, 2019.

*Jorge G. Paredes Muñante, es Profesor en Historia y Geografía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Tiene investigaciones y publicaciones centradas en dos campos: En el campo histórico, en la etapa de la independencia peruana e hispanoamericana. En el educativo, lo referente a la lectura, el hábito lector y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Entre sus publicaciones en el campo histórico se encuentran “La Brea y Pariñas, una antigua y espinosa controversia en la historia peruana” (Berlín, 2018), *San Martín y Bolívar en Guayaquil* (Guayaquil, 2015), “La conspiración contra Miranda del 31 de julio de 1812” (Costa Rica, 2015), “El controversial viaje de Mariano Ignacio Prado de diciembre de 1879” (Lima, 2014), “Decodificación y lectura” (Costa Rica, 2006) y “Libro y lectura en la era digital. El gran desafío de la educación actual” (Zamora - España, 2003).

Correo electrónico: jgparedesm@gmail.com.